

“...LA INMENSA VENTAJA DE LAS AFIRMACIONES CRISTIANAS
SOBRE LA AFIRMACIONES RACIONALISTAS ACERCA DE LOS
PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA CIENCIA FILOSÓFICA”

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE MANILA

EL DÍA 2 DE JULIO DE 1879

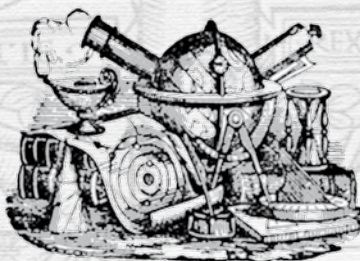
POR EL

R. P. JOSÉ MA. GARCIA Y R. NAVACERRADA

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD

No quiero que se tenga una filosofía para
las ciencias y otra para la Religion.



MANILA

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

A CARGO DE G. MEMIJE.

Excmo. Sr.:

Ilmo. Claustro:

Señores:

Mi corazón se estremece y túrbase mi espíritu, al considerar que en estos momentos, vengo a dirigir la palabra a esta asamblea por tantos títulos ilustre. No es difícil, señores, descubrir la causa de mi turbación y el origen de mis temores, si a más de la dificultad de la empresa, tomáis en consideración la notoria escasez de luces y de conocimientos que poseo para realizarla cual conviene. Conozco lo que soy y lo que valgo, sin que se me oculte hasta dónde pueden alcanzar mis fuerzas. Estoy convencido de que aunque hiciera esfuerzos supremos no habría de llegar a la altura que vosotros, dignos representantes de la ciencia, merecéis. Para hablar cual exigen vuestra ilustración y vuestra ciencia, fuera necesario estar dotado de rica y brillante fantasía, y abarcar casi todos los ramos del saber, privilegio exclusivo de espíritus e inteligencias superiores. Pero, aunque no me sea dado hablar cual vosotros merecéis, quedame sin embargo la esperanza y el consuelo de poder transmitir a vuestras almas los ecos sonoros y armoniosos del lenguaje de la verdad, único que puede satisfacer las nobles y sublimes aspiraciones de vuestro espíritu.

Contando siempre con vuestra indulgencia, me permitiréis, señores, que antes de revelaros la tesis de mi discurso, os llame la atención sobre el estado actual de la enseñanza en este centro literario. Conocidas os son de antiguo las dotes extraordinarias y relevantes prendas que siempre han adornado al Profesorado de esta Universidad; no ignoráis el ardor y entusiasmo que en todo tiempo han manifestado los profesores de este centro literario por los adelantos científicos, ni se os puede ocultar la solicitud y cuidados que constantemente han desplegado en pro de los intereses de la ciencia, no siendo tampoco necesario recordar la asiduidad y constancia que suponen todas las faenas literarias. Lo que sí conviene recordar, por ser digno del mayor elogio, es ese interés, ese celo siempre creciente que a todos distingue en cumplir los sagrados deberes de la noble, pero penosa misión del magisterio que les ha sido confiada. Díganlo sino, todos esos jóvenes, que estimulados por el ardor y celo de sus dignos maestros han sabido orillar todas las dificultades que se les ofrecieran en el largo transcurso de sus carreras respectivas, mereciendo finalmente vestir las nobles insignias del saber y ocupar un asiento entre los sabios. Dígalo esa juventud que frecuenta nuestras aulas, ansiosa de saciar la sed de verdad, que devora sus almas, en los torrentes de sabiduría, que brotan de los labios de sus profesores. Dígalo en fin, esa porción escogida de nuestros escolares, que se presenta hoy a recoger el fruto de vuestras fatigas y el lauro debido a su aplicación y mérito.

Pagado este pequeño tributo de alabanza que en conciencia se debía al mérito contraído por el Profesorado de esta Universidad y de las demás Escuelas de su dependencia, nada más justo ni más satisfactorio a la vez para mi corazón, que felicitar a esta juventud por su asidua y constante aplicación al estudio. Señores, siento verdadero placer al contemplar esta juventud estudiosa que acude hoy a recibir el premio de sus fatigas y el lauro de sus trabajos literarios; saludo con orgullo y con placer esos jóvenes de extraordinario mérito y gloria singular, que pueden contar los años de estudio por el número de victorias y conquistas literarias, y no puedo menos de alabar a esa porción escogida de nuestros escolares, que apesar de su tierna edad y comenzada apenas la segunda enseñanza, han conseguido sobreponerse a sus compañeros conquistando el lugar de honor debido al mérito y a la aplicación. Dignos son también de todo elogio esos otros escolares, que no poseyendo para el estudio, tan bellas cualidades como los anteriores, no por eso desmayan ni desfallecen sino que con su aplicación procuran suplir las dotes que la naturaleza no les concediera.

Pero si esto es muy cierto, no lo es menos, aunque sea doloroso confesarlo, que al lado de esa juventud aprovechada y estudiosa de nuestras aulas, existe otra que no solamente no merece nuestras alabanzas, sino que desearíamos vivamente verla apartada de nuestras escuelas, siquiera por el lustre de la enseñanza y a fin de que no emponzoñe a nuestra juventud escogida con los malos ejemplos. Repetidas veces se ha clamado desde este mismo lugar contra esos jóvenes, que por carecer de las dotes necesarias para el estudio, por su desaplicación o por su indolencia dejan pasar años sin sacar ningún fruto de sus estudios. Desde este mismo lugar se han indicado los medios más apropiados para estirpar esa mala semilla mezclada con la buena yerba, sin que hasta ahora los hayamos visto planteados. Lamentamos este mal: por eso nos permitimos llamar la atención de nuestra primera Autoridad, para que con la actividad y energía que la caracterizan, dicte algunas disposiciones con que pueda atajarse mal tamaño.⁽¹⁾

Cumplida la prescripción reglamentaria, tiempo es que os descubra la tesis que ha de constituir el fondo de mi discurso. Teniendo en cuenta las grandes cuestiones que hoy se agitan en el vasto campo de la ciencia y que traen conmovido al mundo científico, me he resuelto a demostraros la *inmensa ventaja de las afirmaciones cristianas sobre las afirmaciones racionalistas* acerca de los problemas fundamentales de la ciencia filosófica.

La verdad, señores, siempre ha estado en lucha con el error; pero entre todas las grandes luchas que se viera precisada a trabar con el error, ninguna ha sido tan tenaz y tan constante, como la que en la actualidad tiene con el racionalismo. El

⁽¹⁾ Véase el discurso inaugural de 1876.

racionalismo⁽²⁾, ese cúmulo de errores filosóficos, científicos, morales, religiosos y políticos es el gran adversario de la verdad en los tiempos modernos, es el que, en nombre de la ciencia y de los adelantos de la época, pretende subyugar a su imperio las inteligencias modernas. ¿No ha llamado vuestra atención ese murmullo atronador que todos los días se os transmite desde el campo racionalista? Desconocéis por ventura las acusaciones que en sus revistas, folletos y periódicos lanzan contra los partidarios de la verdad? ¿Y quién ignora los cargos que los modernos defensores de la razón emancipada presentan contra la ciencia cristiana? Partidarios entusiastas de los derechos *inalienables* de la razón, han llegado a creer, que todos los adelantos de la época y descubrimientos modernos, se deben a los esfuerzos que ellos hicieron por romper el yugo harto pesado de la antigua filosofía que con la severidad de sus fórmulas y austeridad de sus axiomas, oprimía vilmente la razón y cortaba el vuelo a la inteligencia, al decir de los *regeneradores* de la ciencia.

En vano les diréis que esa filosofía que ellos desprecian, es la que iniciaron Clemente de Alejandría y S. Agustín, desarrollaron y completaron S. Anselmo y Santo Tomás, Alberto el Grande y Roger Bacon y produjera en tiempos posteriores figuras como la de Suarez y Cayetano, Luis Vives y Melchor Cano. En vano en fin les recordaréis los nombres de Bosuet y Fenelon, de Rosmini, Sanseverino y Balmes, todos de primer orden en el firmamento de las ciencias filosóficas. Ellos os contestarán, que respetan y veneran todas esas grandes y bellas figuras de la historia, que admiran a todas esas encarnaciones del genio; pero que la ciencia moderna, si ha de ser fiel a sus principios y consiguiente a sus axiomas, no puede ni debe seguir las huellas de todos esos grandes pensadores, puesto que es preciso reconocer que muchos de ellos no fueron sino humildes discípulos de Platón y de Aristóteles, los que no deben considerarse como filósofos sino que deben ser tenidos por verdaderos sofistas.⁽³⁾ No, no es posible, nos dicen también, que los espíritus modernos piensen como pensaron los sabios cristianos: esto es propio de inteligencias infantiles y pertenece a aquellos tiempos en que la razón caminaba todavía entre sombras y se hallaba envuelta entre pañales. Hoy que la razón del hombre ha llegado a la virilidad, hoy que tiene conocimiento exacto de sus fuerzas, no es posible que se acomode a escuchar otros consejos, y a seguir otras enseñanzas que las dictadas por la razón individual. La independencia absoluta de la razón individual, ved ahí, señores, la base del racionalismo; ved ahí el ídolo deslumbrador al que rinden sus respetos y ante el que se postran las inteligencias modernas; ved ahí el gran adelanto de nuestros tiempos, el principio generador de la ciencia moderna, el sol radiante que debe

⁽²⁾ Rationalistæ proprie ii nuncupantur, qui, omni revelatione rejecta, se unice rationem ducem sequi jactant. Non omnes in omnibus veritatibus conveniunt, sed dissentiunt quam plurimum. Gatti, Inst. Apologetico-Polemicæ Dissert. 1.^a Cap, 1.

⁽³⁾ Citetur jam et Plato cavillator urbanus, tumidus poeta, theologus mente captus. Citetur Aristoteles, pessimus sophista.... verborum vile indibrium Bacon. Ope. Omn. Imp. Philos, Cap. 2.^o

iluminar al genio moderno en sus atrevidas excursiones científicas. Sin embargo, antes que ese nuevo sol de la época moderna consiga irradiar nuestras inteligencias y deslumbrarnos con sus resplandores, y antes de felicitar a nuestros sabios por el nuevo astro descubierto para marcar los derroteros de la ciencia no estará por demás citar al tribunal de la Filosofía la célebre fórmula racionalista y someterla a un análisis científico-racional, siquiera sea para cerciorarnos, si es acreedora a los elogios que sus admiradores le tributan, o merece por el contrario la reprobación y desprecio de toda razón juiciosa e imparcial.

La independencia absoluta de la razón individual no sólo no puede servir de base a la ciencia, ni puede figurar entre los verdaderos adelantos modernos, sino que debe clasificarse entre las grandes aberraciones del espíritu, por envolver en su seno la contradicción más absurda y ser al mismo tiempo la negación más radical de la razón. Más claro y más preciso: estoy convencido de que la independencia de la razón del hombre mina por la base el edificio científico y aniquila la razón. Y no es porque el filósofo cristiano tenga idea baladí de la humana razón, o estime en poco la fuerza y el poder de la inteligencia. Sabedor de que el hombre fuera formado a imagen y semejanza de Dios, descubre en su razón e inteligencia la joya más preciosa de cuantas hermosean su naturaleza, el don más estimable de cuantos el Criador le concediera. Y es porque para el filósofo cristiano, la razón del hombre es una centella viva, un destello y reflejo sublime de la divinidad, un sello divino, una derivación en fin, como dice Santo Tomás, y participación de la luz increada en nuestras almas⁽⁴⁾. Por esa luz purísima que arde sobre la frente de todo hombre que viene a este mundo, por ese reflejo sublime que imprimiera la divinidad en nuestras almas, es por lo que el hombre se encuentra colocado a distancia casi infinita de todos cuantos seres le rodean y se acerca más que todos ellos al trono de Dios. Guiado por esa luz, puede el hombre explayar su espíritu por todos los horizontes que baña el sol de la verdad, y es capaz de recorrer todas las regiones que pertenecen a los dominios del ser.

Todo cuanto goza o puede gozar de los aires del ser, sea absoluto o relativo, necesario o contingente, actual o posible, eterno o temporal, creado o mercado, finito o infinito, todo se halla dentro de las fronteras de la inteligencia y puede ser analizado por las miradas escudriñadoras de la humana razón. Desde el átomo imperceptible agitado por los vientos hasta el mayor de los soles que se mueve silencioso sobre nuestras cabezas en la bóveda celeste, desde la tierna yerbecilla de los valles hasta la corpulenta y robusta encina que corona las crestas de las montañas, desde el arador

⁽⁴⁾ Per ipsam sigillationem divini luminis in nobis, omnia demonstrantur. 1^a P. Q. 81. Art. 5.^o Ipsum lumen intellectus nostri, nihil aliud est quam quædam impressio veritatis primæ. (Ibid. Q. 88. Art. 3.^o ad 1.^m)

Rationalis mens formatur immediate a Deo; vel sicut imago ab exemplari; quia non est facta ad alterius imaginem quam Dei.... Ibid. Q. 106. Art. 1.^o ad 3.^m

invisible hasta el agigantado elefante, desde el hombre en fin hasta Dios, todo puede ser concebido y contemplado por esa noble facultad del hombre que se llama razón. Con maravillosa exactitud y admirable profundidad dice el ilustre Fenelon:⁽⁵⁾ «Su grandeza es real. Reúne sin confusión lo pasado con lo presente, y penetra por medio de sus razonamientos hasta en lo porvenir. Tiene la idea de los cuerpos y la de los espíritus; tiene la idea del mismo infinito, porque afirma de *el todo lo que le conviene* y niega de él lo que no le conviene. Decidle que el infinito es triangular: os responderá sin vacilación que lo que no tiene límites no puede tener figura alguna. Pedidle que os señale la primera de las unidades que componen un número infinito: os responderá al punto, que no puede haber ni principio, ni fin, ni número en lo infinito; porque si se pudiera señalar en él una primera o última unidad, se podría añadir alguna otra unidad a ésta, y por consiguiente aumentar el número.» «El espíritu del hombre es grande!»⁽⁶⁾ Lleva en sí de qué maravillarse, y con qué sobrepujarse infinitamente a sí mismo. Las ideas son universales, eternas inmutables.... Estas ideas sin límites no pueden variar jamás, ni borrarse en nosotros, ni ser alteradas. Son el fundo mismo de la razón.»

Sin embargo, por elevado y sublime que sea el origen de la razón del hombre, por maravillosos que sean su poder y fuerza, y por vivos que sean los rayos de esa luz purísima que brota del fondo mismo de nuestras almas, es preciso reconocer que no se la puede tener y proclamar independiente como pretenden los filósofos racionalistas. Y es, señores, porque la razón del hombre no ha sido formada para caminar a su arbitrio por las sendas tortuosas del error, o por los hermosos caminos de la verdad, porque como sabéis muy bien la verdad es el elemento propio de la razón y no puede salir de él sin atentar contra su vida, sin perecer de asfixia. Es también porque si la razón no quiere echarse en manos de la duda y del escepticismo, y pretende dar algún paso en el escabroso camino de las ciencias tiene necesidad de someterse y dejarse dominar por las verdades claras y evidentes, que guardan los umbrales de toda ciencia. Es porque si el hombre desea adquirir algún conocimiento científico y racional ha de ser con la condición precisa de depender indirectamente por lo menos de los sentidos; puesto que el entendimiento creado en tanto llega a la posesión de la verdad, en cuanto elabora sus ideas y modela sus conceptos en armonía con la entidad y realidad de los seres. Es en fin porque la razón del hombre no es más que un reflejo, una derivación y participación de la luz increada en nuestras almas, y por lo mismo depende necesariamente del océano inmenso de luz que le transmite sus rayos y le comunica sus resplandores.

Por consiguiente, sin transformar la razón creada en increada, sin defender

⁽⁵⁾ Trat. de la Exist. de Dios cap. 90.

⁽⁶⁾ Ibid. cap. 50.

que la razón del hombre contiene y encierra en sí misma las ideas típicas de los seres y afirmar que llega a la adquisición de la verdad por las evoluciones, desenvolvimientos y desarrollos del *yo*, es decir: sin divinizar al hombre e identificar su razón con la Razón de Dios, no puede sostenerse en el terreno de la filosofía la independencia absoluta de la razón humana, como quieren los filósofos racionalistas.⁽⁷⁾

Sin sentir, señores, y sin advertirlo siquiera, nos encontramos frente a frente de la gran aberración racionalista. Sin querer hemos tropezado con esa tesis capital de la filosofía anticristiana de nuestros días, y nos ha salido al encuentro cuando menos lo pensábamos el error gigante de la época actual, mejor dicho el error monstruo y gigante de todas las épocas y de todos los siglos; porque el Panteísmo, señores, que los filósofos contemporáneos han renovado en nuestros días y presentado a la veneración y al culto de los pueblos civilizados, no es error peculiar del siglo XIX, es la gran herejía, el error de casi todas las escuelas filosóficas de la antigüedad. Échese una mirada, si se quiere, sobre la historia de la filosofía, recórranse una por una todas sus épocas y períodos y se reconocerá desde luego, que tanto en los tiempos antiguos, como en los medios y modernos, han figurado escuelas que profesaban las doctrinas deletéreas del Panteísmo. No es del caso presente hacer mención de todas las escuelas y sistemas panteístas que en diversas épocas han aparecido en el mundo científico, ni es fácil recordar, para apreciarlas en su justo valor, todas las afirmaciones que nos legaron los filósofos panteístas en el largo transcurso de los siglos, ni posible recorrer las transformaciones profundas que através de las edades sufriera el Panteísmo. Lo que no se puede pasar por alto y conviene observar, es que en el fondo de todo sistema panteísta, va envuelta la negación de la creación cristiana pudiendo afirmarse con verdad, que si en los tiempos modernos ha vuelto a aparecer el panteísmo ha sido precisamente por haberse hechado en olvido o no haber querido aceptar la creación cristiana. Los que hayan leído y meditado la historia del panteísmo, los que se hayan tomado la molestia de investigar las causas de su origen y hayan examinado a fondo todas las fases, evoluciones y desenvolvimientos de este error monstruo habrán podido observar, que siempre que la razón del hombre ha tratado de darse cuenta de la existencia del mundo y de los seres sin admitir la creación *ex nihilo* de la filosofía cristiana, ha tenido que resignarse a morir, en manos del error panteísta.

⁽⁷⁾ Ni hay ni puede haber en ningún orden de cosas, dice el P. Félix, insigne orador de N. Sra. de París, poderes absolutamente independientes. Ese absolutismo riguroso es contra la naturaleza de las cosas: es el atributo divino adjudicado al hombre, es la apoteosis de la humanidad. La independencia absoluta repugna a todas las criaturas, porque la dependencia es esencial a lo creado. Dios, al crear un ser, no puede desprenderlo por completo de sí; y aún en el momento que confiere al hombre su libertad, liga todas sus potencias, hasta las más libres, a su dominio esencial por medio de una cadena de dependencia que el hombre no puede romper sin ultrajar y sin mentirse a sí propio. La independencia absoluta no es más que la negación de toda regla; y la regla es de esencia en todo ser creado y hasta en el ser inanimado que no puede sentir ni conocer su regla.— Conf. 3.^a del año 1862-

Olvidados los filósofos racionalistas de ese fenómeno reproducido de una manera constante en todas las edades y consignado en casi todas las páginas de la historia de la filosofía, intentaron resolver el árduo y difícil problema del origen del mundo sin tomar en cuenta para nada la solución de la filosofía cristiana; mejor dicho atacando de frente la creación *ex nihilo* como inútil para la ciencia, toda vez que era opuesta a la gran fórmula racionalista de la independencia absoluta de la razón individual. Si dieron con la verdadera solución y lograron despejar la incógnita del difícil problema del origen de los seres, o si se vieron envueltos entre las negras sombras del error panteísta no hay necesidad de decirlo. Los nombres de Spinoza, Fichte, Schelling y Hegel son de ayer para que los hayáis podido olvidar: sus doctrinas y afirmaciones panteístas os revelan una vez más, que toda filosofía, todo sistema que directa o indirectamente niega la creación cristiana, no sólo se halla incapacitado para resolver el problema cosmológico sino que por necesidad tiene que venir a sumergirse en el panteísmo.

En efecto: negando, como deben negar todos los que desechan la creación, que el mundo, obedeciendo a la voz poderosa del Criador que, « de la misma manera llama a las cosas que son como a los que no son » haya sido producido de la nada⁽⁸⁾, la razón del hombre si quiere darse cuenta de la existencia del mundo vese obligado a admitir una de las tres hipótesis siguientes: 1.^a. Que el mundo todo con sus diferentes naturalezas y fenómenos procede de la sustancia divina de la misma manera que la fuente brota del manantial y el rayo de luz del foco luminoso, es decir por una verdadera emanación sustancial; o 2.^a que el mundo no es más que una especie de desarrollo y desenvolvimiento interno e inmanente de la sustancia divina,⁽⁹⁾ «mediante la cual ésta determina y produce *en sí misma* el espíritu y la materia, o sea todos los seres espirituales y materiales, como modificaciones reales, pero fenoménicas, del pensamiento divino y de la extensión infinita, que son atributos inmanentes de la esencia divina,» o 3.^a dando un paso más avanzado, pero más lógico «excluye la distinción accidental real; porque sólo admite un ser único, una realidad o

⁽⁸⁾ Cum dicitur aliquid ex nihilo fieri, dice Sto. Tomas, hæc prepositio, ex, non designat causam materialem sed ordinem tantum: sicut cum dicitur *ex mane fit meridies*; id est, post mane fit meridies. Sed intelligendum est quod hæc prepositio, ex, potest includere negationem in hoc quod dico, *nihil* vel includi ab ea. Si primo modo tunc ordo remanet affirmatus; et ostenditur ordo ejus quod est, ad non esse præcedens. Si vero negatio includat propositionem, tunc ordo negatur; et est sensus: Fit ex nihilo, id est, non fit ex aliquo, sicut si dicatur: iste de nihilo loquitur, quia non loquitur, de aliquo. Et utroque modo verificatur, cum dicitur ex nihilo aliquid fieri. 1.^a P. Q. XLV. Ad 3.^m

También dice Suarez: Illa autem particula *ex nihilo*, ut distinguat hanc actionem (la creación) ab aliis, excludit omnem concursus causæ materialis, et dependentiam rei quæ creatur ab aliquo subjecto, ut recte exponit Anselm. in Monol. c 8º ita ut idem sit dictum *ex nihilo*, quod *ex nullo subjecto*; atque ita distinguitur hæc actio ab alia que est per educationem de potentia subjecti: hæc namque duæ actiones adequate dividunt omnem efficientiam Metaphys. Disp. 2.^a, sect. 1.^a citado por el P. Gonzalez, Filosofía elemental Tom. 2.º Lib. 5.º Cap. 1.º Art. 2.º §. 1.º

⁽⁹⁾ P. Gonzalez, Filos. Elemental. Lib. 5.º Cap. 1.º Art. 3.º

esencia única y universal, con la cual se identifican absolutamente todos los seres, de manera que lo que llamamos sustancias finitas o particulares son meros fenómenos, apariencias e ilusiones, consideradas en sí mismas y por parte de su distinción de Dios.» Es decir que desechada la solución de la filosofía cristiana no puede resolverse el problema de los orígenes de otra manera, que por la identificación real y esencial de Dios con el mundo, haciéndose indispensable proclamar y defender que Dios es todo y todo es Dios; porque o mucho nos engañamos, o todas esas tres explicaciones son esencialmente panteístas; puesto que en último resultado no son otra cosa que las diversas fases que revistiera el Panteísmo en el largo transcurso de los siglos. De esas tres hipótesis puede elegirse la que mejor parezca; siempre vendremos a parar a la unidad de sustancia y exclusión de la creación, caracteres esenciales y distintivos de la afirmación panteísta.

Y bien, señores, ¿es admisible esa confusión, esa mezcla grosera, esa identificación heterogénea de Dios con el mundo a los ojos de una razón juiciosa e imparcial? Se puede sostener en el terreno de la filosofía que Dios y el mundo son una misma cosa? No, mil veces no. La razón y el sentido común protestan y con razón en nombre de la ciencia, contra ese error monstruo de la filosofía anticristiana de nuestros días, la razón y el sentido común condenan de consuno ese nuevo Dios que a su placer fabricaran⁽¹⁰⁾ los filósofos racionalistas de los últimos tiempos. Porque jamás la razón podrá convencerse, de que el ser necesario⁽¹¹⁾ se identifique con el contingente, el absoluto con el relativo, el finito con el infinito; toda vez que no sólo son diversos, sino opuestos los atributos y caracteres esenciales que distinguen a esos seres. «Jamás se persuadirá al espíritu humano,⁽¹²⁾ dice el ilustre Padre González, hoy Obispo dignísimo de Córdoba, que son una misma cosa la causa y el efecto, la actividad y la potencialidad, la materia y el espíritu, la libertad y la fatalidad, el bien y el mal, la verdad y el error, en una palabra, el ser y el no ser. Y sin embargo, si no hay más que una sustancia, si hay identidad absoluta del ser, si todo es Dios y Dios es todo, si Dios constituye la sustancia y el fondo de ser de todas las cosas, es preciso admitir todos esos absurdos; porque el Panteísmo es la afirmación de todos ellos.»

La verdad es, señores, que no se concibe cómo los modernos filósofos no se

⁽¹⁰⁾ Cuéntase de Fichte que, un día después de haber concluido la explicación de la clase, invitó a sus discípulos para que al día siguiente asistiesen con puntualidad, porque iba a enseñarles a crear a Dios. *Venite*, les dijo, *die crastina: ego Deum creabo*. ¡Cómo si Dios pudiera ser creado! Cómo si Dios hubiera necesitado del filósofo alemán para salir del no ser al ser! Cómo si el ser necesario no tuviera en sí mismo la razón suficiente de su existencia! Poco había adelantado Fichte en filosofía apesar de todos sus estudios!!!

⁽¹¹⁾ Ser necesario es el que no puede menos de existir. Contingente, es el que puede ser o no ser—Finito, el que reconoce límites: infinito el que no los tiene.—absoluto, el que no envuelve relación ni se ordena algún otro ser—Relativo, el que se refiere a otro, como el hijo al padre. Esto basta para convencerse que el Panteísmo es una contradicción monstruosa.

⁽¹²⁾ Estudios sobre la filosofía de Sto. Tomás. Ton). 2.º Lib. 3.º Cap. 1.º

han asustado ante ese cúmulo de errores y absurdos que encierra en su seno el error panteísta, ni se comprende cómo no se han estremecido las inteligencias modernas ante el profundo precipicio del escepticismo abierto bajo sus plantas; porque lo cierto es, que cualquiera que sea la afirmación panteísta gravita sin cesar hacia el escepticismo, que es la destrucción y ruina de toda ciencia y la muerte de la razón. Ni salvan, ni pueden salvar la situación apurada en que se encuentran hablándonos, como nos hablan, los jefes del panteísmo germánico, del *yo puro* que se *pone a sí mismo*, es decir, se produce, por un acto espontáneo y logra por la reflexión adquirir conciencia de sí mismo, o del Absoluto que conteniendo e identificando todas las cosas en sí mismo y excluyendo toda oposición y diferencia, sería, al decir de Schelling, materia y espíritu, sujeto y objeto, real e ideal, o, finalmente, reduciendo al Dios, vivo, personal y real del cristianismo a una pura abstracción, a una idea, como lo hiciera Hegel. Idea maravillosa y monstruosamente fecunda porque, si hemos de dar crédito a su formador, es a la vez positiva y negativa⁽¹³⁾, real e ideal, Dios y hombre⁽¹⁴⁾, error y verdad⁽¹⁵⁾, cuerpo y espíritu, luz y tinieblas, en una palabra ser y no ser; pues Hegel llegó a descubrir que «la nada en cuanto nada se identificaba con el ser.»⁽¹⁶⁾

Imposible parece, señores, que los sabios de nuestro siglo hayan tenido valor para presentar a la vista de pueblos civilizados un Dios sabio e ignorante, feliz y desgraciado, cruel y bondadoso, justo y criminal;⁽¹⁷⁾ un Dios que, si hemos de creer a un fogoso discípulo de Hegel, «se manifiesta en las plantas, que sin conciencia de sí mismas, viven con una vida cosmomagnética; se manifiesta en los animales, los cuales, en el sueño de su vida sensitiva, experimentan una vida más o menos sorda.... En el hombre la Divinidad llega a la conciencia de sí misma, y revela esta conciencia de nuevo por medio del hombre. Empero esto no se verifica en los hombres y por los hombres considerados aisladamente, sino más bien por el conjunto de la humanidad, de manera que cada hombre sólo encierra y representa una partícula del *Dios-Mundo*, pero todos los hombres juntos encierran y representan en la idea y en la realidad todo el *Dios-Mundo*... La historia no es más que el pensamiento eterno de Dios, su acción eterna, su palabra, sus hechos, pudiendo decirse con razón de la humanidad entera, que es una encarnación de Dios.... De aquí es también que el objeto de todas

⁽¹³⁾ Les contraires coexistent en soi. Dans le fait, il n'y a jamais de *oui* ou *non* si absolu, comme le soutient la raison vulgaire.

⁽¹⁴⁾ Dieu n'est Dieu qu' en tant qu' il se connaît; la connaît sance qu' il a de lui-même, c' est la conscience qu' il a de lui dans l' homme.

⁽¹⁵⁾ L' erreur, en tant qu' absorbé, est un moment nécessaire de la verité.

⁽¹⁶⁾ Le Neant, en tant que Neant, en tant que semblable a lui-même, est précisément la meme chose que l'Etre. Pasages citados en las notas por el. P. Zeferino Gonzalez.-Philos. Element, Vol. 2.º Lib. 5.º Cap. 1.º §. 2.º

⁽¹⁷⁾ Posito Deum, dice el sabio P. Gatti, esse omnium actionum, omniumque passionum subjectum, is est eodem tempore sapiens et ignorans; innocens et reus; bonus et malus; prudens et temerarius; sanus et æger; lætus et tristis;.... Quis Deum adeo absurdum sibi unquam confixit? Inst Apolog.-Polemic. Vol. 1.º Dissect. 1.º Cap. 2.º Pag. 61.

nuestras instituciones es la rehabilitación de la materia, su reintegración en todos sus derechos, su restauración religiosa, su santificación moral.... Nosotros marchamos en pos del bienestar material; porque sabemos que la divinidad del hombre se manifiesta igualmente en su forma corporal; fundamos una democracia de dioses terrestres iguales en felicidad y santidad.... queremos el néctar de la ambrosía, mantos de púrpura, la voluptuosidad de los perfumes, de las danzas, ninfas, músicas y comedias.⁽¹⁸⁾

En vista de una declaración tan ingenua, como la que acabáis de oír, creemos que nadie puede dudar de las desastrosas consecuencias a que conduce todo sistema panteísta. Abrigamos la convicción de que no sólo el hombre juicioso y sensato, sino la humanidad en masa ha de mirar con horror e indignación la nueva divinidad, que de entre el polvo del paganismo se atrevieran a resucitar los sabios de la época contemporánea. No es posible, señores, que los pueblos civilizados y cultos del siglo XIX se postren, siquiera sea por su dignidad, ante ese fantasma de divinidad que adoran y veneran los filósofos racionalistas, ante ese dios minero-vegeto-animal-racional que, cual nuevo fósil, descubrieran los sabios anti-cristianos de nuestros días, ante ese dios verdad-error, positivo-negativo, ser y no ser. Por lo que a mí, toca confieso, señores, que si, por desgracia, no conociera y venerara al Dios del cristianismo, preteriría abrazar el ateísmo, antes que elevar mis súplicas y dirigir mis votos al dios grosero e inmundo de los panteístas. Afortunadamente, reconozco y adoro al Dios que adora y venera el cristiano, único que debe cautivar todas las inteligencias y atraer todos los corazones, por ser océano infinito de perfección, de bondad, belleza, inteligencia y vida.

¡O ser de los seres! exclama el ilustre Maret⁽¹⁹⁾. Hombres extraviados que han recibido de Vos su persona y cuanto son os niegan una vida propia y la personalidad. En su ceguera no ven que toda perfección está en lo infinito; en su impiedad se atreven a alterar vuestra invariable esencia: os confunden con la obra salida de vuestras manos; no saben que vuestra naturaleza no permite ni disminución, ni división ni límites. Vuestro poder infinito y vuestro fecundo amor sacan de la nada vuestras innumerables criaturas. La misión de estas es de cantar vuestra gloria, de expresar vuestros divinos atributos, y de participar de la vida, cuya fuente inagotable está en Vos. Ellas proceden de Vos, y tienden hacia Vos, pero se quedan a una distancia infinita de Vos; entre ellas y Vos hay un abismo que separa lo infinito de lo finito, el ser por sí mismo del ser creado, el ser de la nada. Estos hombres que se creen grandes y fuertes, cuando no tienen inteligencia ni su corazón, os rehúsan el homenaje que os debe toda criatura. Átomos perdidos en el universo se llaman necesarios a vues-

⁽¹⁸⁾ Heine. De la Allemague dep. Luther. P. Gonz. Ibid.

⁽¹⁹⁾ Ensayo sobre el Panteísmo Gap. S. Pag. 184.

tra vida. Pero ¡ cuán castigados quedan de esta temeridad! Negándoos a Vos, niegan su propia existencia; rehusando conoceros, todo se les desaparece; razón, virtud, orden, justicia, amor, esperanza y felicidad. Todo huye, todo se evapora; la realidad se convierte en ilusión, y la vida no es más que una mentira amarga. ¡ O verdad! Curad los ojos enfermos, reanimad la vacilante razón, y dad un corazón de amor....

Aunque lo que acabarnos de decir sobre el problema fundamental de ciencia cosmológica, o por mejor decir de toda Filosofía,⁽²⁰⁾ y lo consignado antes sobre la independencia individual de la razón del hombre, bastaría para confundir las pretensiones altaneras de la ciencia anticristiana de nuestros días; creemos sin embargo, que no podemos abandonar el campo de la discusión sin dirigir una mirada sobre el vasto y hermoso terreno de las ciencias psicológicas, siquiera sea para daros a conocer las influencias racionalistas sobre ese ramo de la ciencia filosófico-cristiana. Las graves acusaciones que el racionalismo moderno, en nombre de los adelantos de la ciencia, se atreviera a dirigirla la psicología cristiana, la superficialidad hartamente notoria con que la ciencia antirreligiosa suele tratar las graves y delicadas cuestiones del *yo*,⁽²¹⁾ la insuficiencia de sus teorías e hipótesis para explicar y resolver problemas de inmensa cuantía y de grave trascendencia para la humanidad entera, la confusión de ideas, la inexactitud de lenguaje, la multitud de opiniones y sistemas manifiestamente erróneos y absurdos, y, sobre todo, ese materialismo más o menos disfrazado que por las influencias del racionalismo invadiera los terrenos de la psicología, me obligan a detenerme, siquiera sea un momento, para preguntar a la ciencia anticristiana,

⁽²⁰⁾ Con razón, dice el P. González: La ciencia filosófica es el conocimiento de Dios en el mundo y del mundo en Dios. Estudios sobre la Filosofía de Sto. Tomas. Tom, 3.º Lib. 2.º Cap. 5.º

⁽²¹⁾ Sabemos que ni el alma sólo ni el cuerpo sólo constituyen la persona humana; no hacemos más que hechar mano de la expresión que suelen usar casi todos los filósofos modernos. «Apenas se hallará uno, dice el ya citado P. González, que no afirme o por lo menos no suponga que el *yo* o la personalidad del hombre es constituida por el alma sólo; puesto que nada hay más común y más frecuente entre ellos que el decir: «el *yo* es una sustancia simple:» «el *yo* es inmaterial e indivisible; «la unidad de conciencia del *yo* constituye la personalidad humana» etc., Philos. Elemetar. Vol. 1.º lib. 2.º Sect. 2.ª Cap. 2.º en la nota.

Para ellos, los filósofos modernos partidarios de Descartes, dice también el ilustre filósofo español, la persona humana no es otra cosa que *yo* pensante, eliminando de ella de una manera implícita los fenómenos orgánicos de la vida animal comunes al alma y al cuerpo. De aquí la inexactitud de lenguaje que se revela en la definición del hombre. El hombre, nos dicen estos psicólogos, es una *inteligencia servida de órganos*, y con esta definición, que por lo demás no es otra cosa en el fondo que un plagio de Platón, creen haber avanzado mucho en la ciencia del hombre... Examinada a la luz de una razón severa e imparcial, semejante definición equivale a decir en su significado literal y propio, que la inteligencia sólo es la que constituye al hombre en razón de existencia subsistente o persona y que el cuerpo es un medio, un órgano, un mero instrumento de esa inteligencia, a la manera que el artífice se sirve del instrumento que maneja para ejercer su fuerza y su actividad, y producir sus efectos. Es evidente que la unidad sustancial de naturaleza y de persona en el hombre como compuesto de alma y cuerpo, desaparece con semejante doctrina. Así, pues, esta definición no es más que la expresión más elegante y disimulada del pensamiento de Platón sobre este punto, o sea sobre la doble subsistencia completa del hombre, y la unión del alma al cuerpo como simple principio movente o causa eficiente del movimiento del cuerpo. Estudios sobre la filosofía de Sto. Tomás Tom. 2.º Lib. 4.º Cap. 12.

qué opina sobre el espíritu del hombre, y volver, si es necesario, por los derechos ultrajados de la humanidad.

Por una alucinación inconcebible, y de la que sólo podrán darse cuenta los filósofos racionalistas que, como hemos visto, han tenido valor para decirnos, al tratar de resolver el problema cosmológico del origen del mundo, «que el error y la verdad eran una misma cosa», «que la nada en cuanto nada se identificaba con el ser,» por una alucinación inconcebible, repito, los partidarios entusiastas de la razón emancipada, después de habernos *divinizado el yo* en las elevadas regiones de la metafísica, llegan a suprimir el *yo* con sus afirmaciones psicológicas, defendiendo doctrinas y sosteniendo proposiciones en el terreno de las ciencias empírico-filosóficas no sólo contrarias a la experiencia y al sentir común de los sabios, sino opuestas diametralmente a sus tesis cosmológicas. Dejémosles hablar y veamos cómo resuelven los problemas fundamentales de la ciencia psicológica.

¿Qué es el alma? «el alma es un ser inmaterial *supuesto*.⁽²²⁾ Es en realidad el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal.» Tal es el alma definida anatómicamente. El alma es el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica.» Tal es el alma definida fisiológicamente.

¿Qué es el pensamiento? El pensamiento es la actividad general de todas las partes del *cerebro*. Es inherente a la sustancia *cerebral*, como la contracción a los músculos y la elasticidad a los cartílagos.»

¿Qué es el entendimiento? «Es un fenómeno fisiológico, resultado de la acción simultánea de muchos *órganos cerebrales*.

Y por último, ¿qué es el hombre? ¡ Ah, señores ! Vais a oír una cosa más grave que la proclamación de vuestros atributos: «El hombre es un animal *mamífero*, del orden de los primarios y de la familia de los *bimanos* »... ¡ Aventajada idea, por cierto, tienen formada del hombre los que no han llegado a ver en el más que «un animal *mamífero* de la familia de los *bimanos*»... un mono transformado! « ¡ Sublime, por demás, es el concepto que tienen de la razón humana, los que no han alcanzado a ver en su pensamiento e inteligencia sino «un fenómeno fisiológico, resultado de la acción simultánea de muchos *órganos cerebrales* », y la actividad general de todas las partes del cerebro.» !

Señores: que filósofos como Leucipo, Demócrito y Epicuro profesaran en la antigüedad las doctrinas groseras del materialismo sensible es, pero nada tiene de extraño; porque al decir de los modernos filósofos la ciencia se encontraba

⁽²²⁾ Palabras citadas por el P. Félix, Conf. 4.^a del año 65.

entre pañales y en los años primeros de su infancia; pero que en pleno siglo XIX, los emancipadores del pensamiento, los defensores entusiastas de la razón y sus derechos, los filósofos en fin racionalistas, que todos los días y a todas horas nos están diciendo que, merced a sus esfuerzos, la razón y la ciencia han alcanzado su completo desarrollo, se hayan atrevido a decirnos que la « inmaterialidad del alma no es más que una suposición gratuita » y una ficción, no sólo no se comprende, sino que es necesario hacerse violencia para no ver en sus palabras un ultraje a la ciencia, un insulto a la humanidad. Precisamente, si hay hecho evidente y verdad clara en la ciencia psicológica es la simplicidad e inmaterialidad del alma, que los nuevos psicólogos rechazan y que nosotros vamos a demostrar, siquiera sea para volver por la dignidad del hombre.

No puede negarse que en las profundidades de nuestro ser, en el fondo y centro de nuestra vida existe una realidad⁽²³⁾ a la que van a parar todas nuestras impresiones, en la que se reúnen todas nuestras penas y alegrías y en la que se enlazan todos nuestros dolores y placeres. De esa realidad, fija, estable, inmóvil, una e idéntica siempre consigo misma en medio del flujo y reflujo de sensaciones, pensamientos, deseos que nos afectan y modifican, originase el movimiento, mana la vida y brota la inteligencia y la voluntad. Por su constitución íntima debe ser y es una realidad inextensa, simple, incorpórea e inmaterial; es lo que los filósofos modernos han dado en denominar el yo o sujeto pensante: es decir, una sustancia espiritual dotada de la facultad asombrosa de conocer su inmaterialidad y de revelar toda la grandeza de su ser expresando un solo juicio: Yo pienso.

Porque en efecto, dice el insigne P. Félix⁽²⁴⁾: » El yo, os dice: pienso. Pienso, no sólo en lo palpable, sino también en lo impalpable; no sólo en lo visible sino también en lo invisible; no sólo en lo físico, sino también en lo moral; no sólo en lo material, sino también en lo inmaterial.... Pienso en lo sobrenatural, en lo celeste, en lo divino: pienso no sólo en el pasado, sino en el porvenir: pienso, no sólo en el tiempo, sino en la eternidad. ¿Y dónde halláis en la materia ese poder inexplicable de ver y mirar más

⁽²³⁾ Si en nosotros, dice con razón el ilustre Balmes, no hubiese algo permanente en medio de tanta variedad, la conciencia del yo sería imposible. Entonces no habría más que una sucesión de fenómenos inconexos, y por lo tanto serían imposibles la memoria y la combinación. El pensamiento es un absurdo si no hay algo que piense, permaneciendo idéntico bajo la variedad de formas del pensar. En nosotros hay un sujeto simple que todo lo enlaza en el cual se verifican todas esas mudanzas. La proposición: *yo pienso*, incluyéndose en la palabra *pensar* todas las afecciones internas, no se refiere tan sólo a fenómenos aislados, sino que implica por necesidad un punto en que se enlazan, al cual llamamos yo. Si este no existe, si no es uno, si no es idéntico, el pensamiento de hoy no tiene ningún lazo con el de ayer cuando hoy digo *yo pienso*, y entiendo decir que este *yo* es del mismo de la preposición *yo pensaba ayer*, mi lenguaje es un absurdo. Para decir *yo*, es necesario suponer una realidad permanente: realidad, porque lo que no es real es nada; permanente, porque lo que para desaparece, deja de ser y no puede servir de puesto para unir nada. Filos. Fundamen. Lib. 9.º Cap. 6.º y 7.º

⁽²⁴⁾ Conf. 4.ª del 65.

allá de ella; esa facultad de abarcar con una mirada lo visible y lo invisible, lo material y lo moral, lo positivo y lo ideal, lo físico y lo metafísico, lo temporal y lo eterno, lo natural y lo sobrenatural, lo humano y lo divino?⁽²⁵⁾ Si un pensamiento es hijo de la materia, ¿cómo puede tener no sólo una percepción clara, sino una sospecha, una vislumbre siquiera, de todos esos mundos que están fuera de ella?

Pienso, sí, os dice el *yo*; y aún hago más todavía: *reflexiono*, hago que la luz de mi mirada se refleje sobre mí mismo. Pienso y reflejo mi pensamiento: me contemplo como un ser pensador. ¿Cómo se explicará este misterio? Aun suponiendo que el elemento material pudiera hacer el milagro de constituirse en un *ser pensador* ¿esa acción milagrosa atribuida a la materia no estaría en oposición flagrante con la ley universal que domina a la naturaleza entera y que condena a toda fuerza material a desplegarse y a obrar fuera de sí, sin poder replegarse sobre sí y ejercitarse contra sí misma? ¿Por ventura no habéis reconocido aún ese carácter incommunicable que separa siempre las operaciones del espíritu de las operaciones de la materia? ¿Y de qué os sirve ese estudio de la naturaleza de que tan orgullosos os mostráis, si no os sirve para ver lo que brilla a los ojos de todos en el seno y hasta en la superficie de la naturaleza, a saber, que en la materia nunca se repleta la fuerza, ni vuelve el movimiento, ni se refleja el rayo sobre sí mismo por efecto de su propia virtud?

Yo pienso, yo reflexiono; luego soy espíritu: y no sólo pienso y reflexiono, añade el *yo*, sino que juzgo y ratiocino⁽²⁶⁾. ¿Y creéis de veras que la ciencia me manda atribuir a una molécula la honra de ejercer esas ilustres funciones»? No: la ciencia lo que demuestra es que ninguna molécula puede engendrar el pensamiento.

Porque, si a una molécula le conviniera el pensar en cuanto molécula, tendríamos que admitir innumerables moléculas pensadoras, no sólo en los seres que actualmente se tienen por pensadores; sino en todos los seres corpóreos, por

⁽²⁵⁾ La razón presentada aquí por el ilustre orador de Ntra. Sra. de París no se había escapado a la mirada del Ángel de las Escuelas. «Nihil agit, dice Sto. Tomás con su sencillez y exactitud acostumbradas, nisi secundum suam speciem, eo quod » forma est principium agendi in unoquoque. Si igitur intellectus » sit corpus, actio ejus ordinem corporum non excedet. Non igitur » intelliget nisi corpora. Hoc autem patet esse falsum intelligimus » enim multa quæ non sunt corpora. Intellectus igitur non est » corpus. Cont. Gent. Lib. II. Cap. XLIX. »

⁽²⁶⁾ El ratiocinio aun cuando es aplicado a los cuerpos, dice el célebre P. Raulica, se hace *sin* el cuerpo y sin el menor concurso del cuerpo. Porque ratiocinar sobre los cuerpos es comparar las ideas que el entendimiento se ha formado respecto a la naturaleza y propiedades de los cuerpos; es procurar entender los cuerpos, es decir, conocerlos por lo que tienen de más incorporal. El ratiocinio sobre el cuerpo es, pues, una operación del exclusivo resorte del espíritu, y los cuerpos representan el papel de objetos, no cooperadores, aun en la operación que se refiere a ellos. Con mayor razón no entra para nada el cuerpo en los ratiocinios relativos a las cosas puramente espirituales. En efecto; cuando ratiocinamos sobre la naturaleza de Dios, de los ángeles y del alma; sobre las ideas, sobre los principios, sobre las doctrinas, sobre los fines, sobre la religión, sobre la moral, sobre la filosofía.... ¿pedimos, recibimos el menor auxilio de nuestro cuerpo. Filos. Cris. T. 3.º Cap. 14. §. 133.

componerse la masa de sus cuerpos de moléculas, según las enseñanzas físicas modernas. Pero aún analizada la molécula en sí misma es imposible que de ella pueda surgir el pensamiento. « Si se afirma, dice Santo Tomás,⁽²⁷⁾ que este entendimiento es alguna cosa extensa y por consiguiente que entiende por medio de contacto: o bien al entender, todo él tiene contacto con la cosa conocida, o se verifica este contacto según alguna de sus partes: si se dice lo primero, es en vano poner la multitud de partes, las cuales en este caso ya no son necesarias, siendo inútil por consiguiente conceder extensión al entendimiento. Si este contacto se verifica por medio de partes del entendimiento, o esto se hace por medio de muchas partes del mismo simultáneamente, o por medio de una sola: si se admite esto último, resulta un inconveniente semejante al indicado Antes; pues serán superfluas las demás partes, y por consiguiente es inútil suponer al entendimiento compuesto de varias partes para conocer los diferentes objetos. Si la intelección se hace por medio del contacto sucesivo de las varias partes; o por estas partes se entienden puntos matemáticos, o verdaderas partes cuantitativas: si lo primero siendo infinitos los puntos matemáticos en cualquiera extensión, no podrá verificarse la intelección de un objeto sino por medio de una serie infinita de contactos, resultando de aquí que el entendimiento nada podría comprender, puesto que es imposible agotar una serie infinita. ... Si se prefiere admitir que dicho contacto se verifica por medio de partes cuantitativas, en este caso siendo cierto como lo es, que una parte extensa se puede dividir en otras partes también extensas, se seguirá que el entendimiento al obrar sobre un objeto, entenderá muchas veces la misma cosa. Por otra parte siendo divisible *in infinitum* cualquiera cantidad en razón de cantidad, la acción de entender deberá proceder también *in infinitum* respecto de cualquier objeto, lo cual es ciertamente absurdo. Luego es preciso decir, que el modo de contacto del entendimiento con la cosa conocida es absolutamente indivisible, y que bajo ningún concepto se puede atribuir extensión ni relativamente a muchos objetos, ni relativamente a uno solo.»

Después de la magnífica prueba de Santo Tomás que acabamos de presentar, y que es la misma en el fondo, que la que suelen presentar los filósofos católicos de nuestros días,⁽²⁸⁾ para excluir la extensión y la materia del sujeto pensante, creemos

⁽²⁷⁾ De Anim. Lib. 1.º Lec. 8.ª

⁽²⁸⁾ Pueden tomarse como una explicación de la profunda y magnífica prueba de Sto. Tornas las siguientes palabras del ilustre Balmes. Ateniéndonos únicamente a la naturaleza de los fenómenos internos, se puede demostrar que el sujeto de ellos es una sustancia simple. Si esto no se verifica, la sustancia pensante será compuesta de varias sustancias; veamos lo que resulta en este supuesto: Sean las sustancias componentes tres por ejemplo, que llamaremos A, B, C: digo que este conjunto no puede pensar. Para demostrarlo hasta la última evidencia, tomemos este juicio: el metal es cuerpo; y veamos si es posible que el conjunto A B C forme dicho juicio. Supongamos que la representación del sujeto metal, se halla en la sustancia A; que la idea del predicado cuerpo, está en la B; y la idea general de la relación del predicado con el sujeto, o la cópula *es* se encuentra en C; ¿puede resultar un juicio? no: de ningún modo. A percibirá el metal; B, el cuerpo; C la idea general de cópula, *es*. Cada una de estas sustancias tendrá conciencia de lo suyo; y como no la tendrá de lo que hay en las

que ningún hombre juicioso e imparcial puede poner en duda la inmaterialidad, mejor dicho, la espiritualidad del *yo* que piensa y quiere en el hombre. Estamos convencidos además, de que tanto el concienzudo filósofo, como todo hombre amante del saber jamás han de resignarse a no ver en su pensamiento e inteligencia más que el resultado de la acción de muchos órganos cerebrales, o la actividad general de todas las partes del cerebro cómo, con descrédito de la ciencia, se atrevieron a afirmar los psicólogos racionalistas de nuestros días. Desafiamos a esos nuevos sabios que se afanan tanto por buscar en la materia el origen y el manantial del pensamiento, a que nos presenten un cerebro *pensador*, una fibra que, con sus contracciones por delicadas que sean, produzca el pensamiento, o, en fin, a que nos digan de que clase son los pensamientos que engendra la masa cerebral de los brutos; toda vez que está en actividad y en muchos de ellos absoluta y relativamente considerada es mucho mayor que en el hombre⁽²⁹⁾. Por lo demás, señores, los filósofos racionalistas pueden, si les place, idear hipótesis, excogitar teorías, inventar sistemas, que oponer a la tesis psicológico-cristiana que venimos defendiendo. Todos esos sistemas, teorías e

demás, no formará juicio.... Si se dice que en cada una de las sustancias se halla la representación de las tres cosas tendremos tres juicios, y no resultará un solo ser pensante si no tres. Además, o cada uno de las sustancias A B C está compuesto de otras (como las moléculas se componen de átomos) o no; si no está compuesta, es simple, y nos hallamos con una sustancia simple y preceptiva; entonces, ¿a que poner tres bastando una? si está compuesta, todavía se aumenta la dificultad: porque supongamos que A está formada de dos sustancias que llamaremos m, n, la representación de metal que había en A tendremos que distribuirla en m, n, en cuyo caso lejos de poder llegar a un juicio, no tendremos ni aún sujeto, pues que no será dable formar la representación metal, supuesto que ni, n, se la tendrán repartida. Filos. Fund. Lib. 9. Cap. XI.

⁽²⁹⁾ Si se trata, dice Balmes, del volumen absoluto, el elefante, y sobre todo la ballena y otros grandes cetáceos, tienen un cerebro mucho mayor que el del hombre ¿y es igual su inteligencia a la nuestra? Considerando el cerebro relativamente a la masa del cuerpo del animal, tampoco se halla la clave para explicar la diferencia de las facultades intelectuales por las del órgano. El peso del cerebro del *saimini*, especie de mono, es con respecto al peso de su cuerpo como de 1 a 22; lo mismo sucede en el hombre, habiendo individuos en que la desventaja, es contra éste, pues que el peso es a veces como de 1 a 25 a 30, y hasta a 35. Hay otros animales cuya inteligencia debiera ser mayor que la del hombre, porque la relación en ellos es mayor; es de 1 a 14 en el serín y de 1 a 21 en el *mulot*.

Comparados los animales entre sí tampoco se halla proporción entre la magnitud respectiva de su cerebro y conocimiento. En el asno la relación es de 1 a 212, en el caballo de 1 a 400. y en el elefante de 1 a 500. Así el asno sería más inteligente que el caballo y el elefante. Tocante a la relación de la parte anterior de cerebro con la posterior, también hay hechos curiosos en contra de la supuesta proporción. Dice Forichon (Impugnación del materialismo y de la frenología) que el Dr. Leuret ha encontrado que precisamente los animales cuya parte anterior está más desarrollada son los menos inteligentes. He aquí algunos datos que nos proporciona el Dr. Leuret, valuada la relación en milímetros.

	<u>Parte anterior.</u>	<u>Parte posterior.</u>	<u>Relación.</u>
Hombre.	36	65	1: 1, 80
Caballo.	27	38	1: 1, 40
Asno.	22	29	1:1, 31
Conejo.	8	19	1:1, 25

Según esta teoría la inteligencia del hombre estaría representada por 1/1,80, la del caballo por 1/1,40 la del asno por 1/1,30 y la del conejo por 1/1,25 En tal caso la inteligencia del hombre sería 555; la del caballo 714, la del asno 763; la del conejo 800. *Risum teneatis?* Filos. Elem. Psicolog. Cap. VIII.

hipótesis por especiosas y brillantes que parezcan, vendrán a perecer y a estrellarse contra la inmaterialidad y espiritualidad del yo, que piensa y quiere en el hombre. Poco importa que atribuyan a la materia movimientos, evoluciones y desarrollos lentos y sucesivos, mediante los cuales se vaya despojando de sus groseras formas primitivas y adquiriendo otras nuevas más delicadas y más perfectas; el filósofo cristiano puede estar descuidado en medio de todas esas invenciones; no sólo porque carecen de fundamento racional, sino porque sabemos que la inercia es incapaz de producir la actividad, lo compuesto a lo simple, lo extenso a lo inextenso, lo divisible y múltiple a lo único e indivisible, el instinto a la inteligencia, la materia en fin al espíritu.

Pueden acudir las leyes de la selección natural y de la lucha por la existencia⁽³⁰⁾

⁽³⁰⁾ La teoría expuesta, dice el eminente filósofo P. González, y desarrollada por Carlos Darwin para explicar el origen, los grados y las manifestaciones diferentes de la vida sobre la tierra, es lo que apellidamos Darwinismo. . . . El *Darwinismo* o la teoría sobre la vida contenida en las obras de Darwin y profesada por sus discípulos puede condensarse en las afirmaciones siguientes:

1.^a Las múltiples y diferentes manifestaciones de la vida; las especies, los géneros, las familias, los reinos, lo mismo que las razas y variedades de los vivientes animales y vegetales.... son el resultado y la expresión de una serie lenta y sucesiva de transformaciones acumuladas en millones de años, de manera que todas las especies, géneros y familias etc. de vegetales y animales representan la evolución trasformativa y progresiva de un prototipo primitivo dotado de vida, o, cuando más, de tres o cuatro tipos primordiales.

2.^o En cada especie la vida tiende a multiplicarse en progresión geométrica. De aquí resulta lo que llama Darwin ley de la *lucha de la existencia*..... otros apellidan ley de la concurrencia vital. La lucha por la existencia tiene por resultado destruir los individuos más débiles e inferiores por cualquier título, conservando al propio tiempo los que poseen alguna superioridad relativa.

3.^a De aquí nace la otra ley fundamental que preside a la evolución transformista, y es la ley apellidada por Darwin *selección natural* o inconsciente, en virtud de la cual la naturaleza acumula sucesivamente en los individuos por medio de la transmisión hereditaria, las cualidades especiales y las perfecciones particulares de organismo poseídas por los padres, siempre que presenten ventajas para la lucha por la existencia.

4.^a Es muy probable que la formación o aparición del hombre sobre la tierra, se haya realizado en virtud de la transformación indicada y en fuerza de las mismas leyes señaladas para vegetales y animales. Es, pues, no solamente probable, sino muy verosímil que el hombre descienda del mono, como de su progenitor inmediato y directo.

Dos vicios radicales se descubren... en la doctrina de Darwin. Refiérase el primero al punto de partida de la teoría y el segundo al método general empleado en su desarrollo.... Léanse las obras en que expone su teoría y se le verá acudir a lo desconocido, a lo imprevisto, al acaso, para dar razón de las transformaciones evolutivas confundiendo lo posible con lo real

No es menos viciosa la teoría darwiniana, considerada con la relación a su punto de partida. La base primordial del darwinismo consiste o se busca en la existencia *hipotética* de lo que Darwin denomina *prototipo primitivo*, *prototipo* cuya existencia supone, pero que no se cuida de explicar, ni mucho menos de demostrar..... Toda la teoría darwiniana queda viciada y reducida a una hipótesis gratuita, como basada sobre la existencia de ese prototipo.... *especie de misterio inexplicado* e inexplicable, en expresión de Quatrefages..... Aun admitido ese prototipo cuya existencia no se prueba con argumento alguno científico-positivista los hechos y hechos innegables se hallan en abierta contradicción con las leyes que deben presidir el desarrollo transformativo de ese germen primordial ¿Cómo conciliar la existencia de millares y millares de representantes inferiores de la vida, con la ley de la lucha por la existencia y la de la selección natural? ¿Cómo es que esa lucha y esa *selección* no han hecho desaparecer esa multitud de infusorios, de pólipos, de gusanos, que reúnen tantas y tales condiciones de inferioridad relativa?..... Cómo se explica que después de una lucha encarnizada y

bajo cuyas influencias la materia inorgánica se transforma en orgánica, la orgánica pura en orgánico-sensitiva, y ésta, en orgánico-racional. El psicólogo cristiano observará tranquilo todos esos desenvolvimientos maravillosos de la materia, no sólo por saber que en su origen y principio están heridos de muerte por ser imaginarios y fantásticos; sino porque la materia, esencialmente múltiple e indiferente para el movimiento o el reposo, es incapaz por sí misma de vivir⁽³¹⁾, sentir y pensar. Sabemos no sólo por los principios y verdades psicológicas, sino también por los descubrimientos de la fisiología que, entre el ser que no vive y el viviente, entre el que puramente vive y el ser sensitivo, entre el sensitivo y el racional, existen insondables abismos, que no se pueden salvar con todas las evoluciones y desenvolvimientos que se quieran atribuir a la materia.

Sabemos además que «la fisiología⁽³²⁾, como dice el ya citado P. Félix, tiene hoy su credo, el credo propio de una ciencia que va creciendo, si es que no está ya formada; y ella es la que nos dice por la voz de los más ilustres sabios: No: en el mundo vivo no hay una sólo escala ascendente, por la cual suban todos los seres unos en pos de otros, hasta llegar al hombre. No existe esa continuidad absoluta de una sólo línea para todos los seres vivientes; lo que hay es un paralelismo de líneas múltiples, distintas y permanentes. No hay paso de un organismo a otro ni transformación de una especie a otra especie; lo que hay en el mundo vivo es que se perpetúa la identidad orgánica y la identidad específica. Dos grandes hechos lo dominan todo en la historia de la vida: uno el que las especies pueden desaparecer y desaparecen en efecto: testigo de ello esas especies que yacen sepultadas en las catacumbas del mundo geológico y son enteramente desconocidas en la superficie de la tierra. El otro es que una vez creadas subsisten fijas y permanentes; que perecen y mueren, pero no se transforman. Y en efecto: al cabo de tres mil años que el genio está profundizando los misterios de la vida ¿quién ha visto cambiar una sólo especie?.... Pido un sólo ejemplo de la transformación de la especie; la ciencia impía.... lo ha estado buscando siempre; pero no ha podido encontrarlo nunca: ha podido enumerar las variedades; pero no ha podido probar jamás las transformaciones de la especie. La ciencia es la que habla aquí; y la verdadera ciencia os dice: No: no hay ejemplo de eso. Aristóteles

perseverante al través de siglos y siglos, y a pesar de la acción atribuida a la *selección* natural, conserven su existencia millones de seres vivientes, dotados de una organización tan sencilla y rudimentaria en el reino animal? Filos. Elem. Cast. Lib. 5.º Cap. 5.º Art. VI.

⁽³¹⁾ Primum principium vitae, dice con admirable profundidad Sto. Tomas, dicimus esse animam. Quamvis autem aliquod corpus possit esse quoddam principium vitae, sicut cor est principium vitae in animali; tamen aliquod corpus non potest esse primum principium vitae. Manifestum est enim quod esse principium vitae, vel vivens, non convenit corpori ex hoc quod est corpus; alioquin omne corpus esset vivens aut principium vitae. Convenit igitur alicui corpori quod sit vivens, vel etiam principium vitae, per hoc quod est tale corpus. Quod autem est actu tale, habet hoc ab aliquo principio quod dicitur actus ejus. Anima igitur, qua est primum principium vitae (tanto en el vegetal, como en el animal como en el hombre) non est corpus, sed corporis actus. 1ª P. Q. LXXV. Art. 1.

⁽³²⁾ Conf. 3.ª del año 63.

ha descrito órgano por órgano y rasgo por rasgo los animales que vivían en su tiempo; y desde entonces no se han alterado las líneas que establecen la distinción de las especies. Sin duda alguna, hay en las especies caracteres superficiales no constitutivos, y esos caracteres varían; pero las variaciones tienen sus límites, y su límite extremo es el que constituye la raza; de tal manera que en medio de la multiplicidad de esas variaciones, que se adquieren accidentalmente y se transmiten por herencia, la especie se mantiene siempre y en todas partes idéntica a sí misma, mostrando su invariable unidad hasta en el espectáculo mismo de su variedad.»

Está visto, señores, la ciencia anti-cristiana y racionalista no puede luchar en ningún terreno con la filosofía cristiana; sus soluciones sobre los problemas fundamentales de la ciencia filosófica no merecen compararse con las soluciones grandiosas de la ciencia cristiana. Una ciencia como la racionalista, si es que ciencia apellidarse puede, la que reconoce por base el error y en todas sus afirmaciones se opone de una manera sistemática a la razón y a la evidencia, y que por lo mismo no acierta a dar un paso sin caer en el absurdo y en la contradicción, viniendo por último a perecer en manos del escepticismo, no sólo no puede competir con la ciencia y filosofía cristiana, hija predilecta de la verdad, sino que no puede ni merece ser juzgada; por encerrar en su seno la muerte, y llevar en sí misma el signo de su reprobación. Una ciencia que ignora, o afecta ignorar, que la razón del hombre en su origen, en su modo al obrar y hasta en su misma naturaleza lleva gravada de marca de su dependencia y sujeción a la Razón divina, no puede compararse con la ciencia cristiana que en la humana razón ve una centella viva, un destello sublime, una impresión y participación de la divinidad en nuestras almas⁽³³⁾. Una ciencia que, desechando sin razón la creación cristiana⁽³⁴⁾, resuelve el problema fundamental de la filosofía identificando lo necesario y lo contingente, lo eterno y lo temporal, lo increado y lo creado, lo finito y lo infinito, el espíritu y la materia, el *yo* y el *no-yo*, convirtiendo a Dios en una abstracción pura, en una *idea*, en un ente de razón; no merece figurar al lado de esa ciencia sublime que adora al Dios tres veces santo, infinito, increado, eterno, inteligente, libre, océano inmenso de verdad, de bondad, de

⁽³³⁾ *Ipsium lumen intellectuale quod est in nobis nihil est aliud quam quædam participa similitudo luminis increati. I P. Q. 84. A. 5.º*

⁽³⁴⁾ En prueba de lo que insinuarnos en el texto he aquí una de las muchas pruebas con que se manifiesta la posibilidad de la creación. «*Ens infinita virtutis, dice el sabio P. Gatti, plus potest, quam ens finitæ virtutis. Hoc tam evidens est, quam evidens est infinitum majus esse finito. Porro agens finitæ virtutis, præexistente subjecto vel materia, agit. Nam ars suum opus conficit, præsupposito corpore naturali; suumque natura producit effectum præsupposita materia; ergo Deus agere potest et reapse agit, nullo præsupposito; alioquin potentiam artis et naturæ non excederet. Jamvero agere, nullo præsupposito, idem est ac actionem emitte, qua res mere possibles transeunt substantialiter ad esse. Hujusmodi agitur actio, ex parte Dei, non repugnat. Instit. Apolog. Polem. Dissert. 1.ª Cap. 1.º*

Esta razón no es otra cosa que la explicación de las siguientes palabras de Sto. Tomás:

Virtus divina est potentior quam virtus naturæ; sed virtus natura facit aliquod ens ex hoc quod erat in potentia; ergo virtus divina amplius facit, et ita facit aliquid ex nihilo. De Potentia. Q. III, art. I.

perfección, de belleza y de vida. Una ciencia, en fin, que, después de haber *divinizado* el yo y tributado a la razón del hombre los honores que, en su ceguedad y orgullo negara a la divinidad, llega arrebatarse al espíritu sus glorias, no viendo en la espiritualidad e inmaterialidad del alma más que una suposición y ficción gratuitas destituidas de todo fundamento; no es digna siquiera de enumerarse entre las ciencias, ni tiene derecho a llamar la atención de los sabios. Es evidente, pues, que las soluciones cristianas sobre los problemas capitales de la ciencia filosófica llevan inmensas ventajas y sobrepujan a las afirmaciones de la filosofía racionalista.

Antes de terminar este discurso, no podemos dispensarnos de advertir, que, al refutar a la ciencia moderna en sus tres grandes manifestaciones racionalistas, no ha sido nuestra intención el dirigir acusación alguna contra los sabios modernos por los legítimos progresos del espíritu y los adelantos científicos de la época

Amantes celosos de la verdad, gozamos al verla triunfar del error en cualquier ramo de la ciencia, experimentando vivo placer, al contemplar que con sus respaldos disipa de sus dominios las sombras del error y las tinieblas de la ignorancia. Entusiastas de los progresos de la ciencia, acogemos con ardor todo cuanto eleve al espíritu, engrandezca la inteligencia y contribuya a dilatar los horizontes del saber. Reconocemos de buen grado que el genio moderno, sobreponiéndose a las malignas influencias del racionalismo, es digno de admiración y respeto por sus atrevidas exploraciones científicas, por sus empresas gigantescas y sobre todo por las preciosas conquistas que hiciera para la ciencia. ■

HE DICHO.



Jose Ma. Garcia Navacerrada Rodriguez, O.P. (1851-1924) was born on February 2, 1851 in Villarubia de Santiago (Toledo). He was also known as Abelardo Barbita. He received his Dominican Habit in the Convent – College of Santo Domingo de Ocaña on November 26, 1865 and made his simple profession on November 3, 1867 and the Solemn profession on February 27, 1870. Upon arrival in Manila, he studied third level–Theology, and was ordained to the priesthood on April 21, 1874. He took the examination as Confessor, installed as Lector of Philosophy at the University of Santo Tomas coming from San Juan de Letran where he taught secondary education. He was Director of Colleges at UST and was named professor of Theology. On June 2, 1889, he was installed Rector and President of Colegio de San Juan de Letran, succeeding P. Nozaleda, Archbishop-elect of Manila. In 1890, he became Vice-Rector of UST; and in 1894, Rector of Colegio de Santo Tomás de Avila. He continued rectorship till 1906 when he was assigned to the convent of Sto. Domingo de Ocaña. In the chapter of 1917 held in Manila, he was named Vicar of the Beaterio de Sta. Catalina, and in 1922, he was Prior of Barcelona Convent where he died, almost suddenly, on October 10, 1924. (Neira, Ocio & Arnaiz, O.P., *Misioneros Dominicos En El Extremo Oriente 1836 -1940*, vol. 2, p. 161).